



SUMARIO

Revista general.	Doctor Fausto
ERRORES POPULARES:	
El intrusismo.	Dr. José Cosano.
Las Precocidades.	M. Ossorio Bernard.
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Octubre.	Dr. Tolosa Latour.
El derecho á la educacion	M. Alonso Martinez.
Los niños en la escuela.	Modesto Anuella.
Lo que debe ser una madre	Luis Vega-Rey.
CUADROS REALES:	
Un drama contemporáneo	Condesa de Locatelli.
El porvenir de mi chico.	Juan Perez Zúñiga.
BENEFICENCIA:	
La madre del niño abandonado.	Concepcion Arenal.
Orígen é importancia del Hospital del Niño	
Jesus	Dr. Mariano Benavente.
En la sepultura de un niño.	Joaquin Olmedilla y Puig.
DICHOS Y HECHOS.	
Publicaciones recibidas. — Anuncios. — Advertencias importantes. — (Véase la cubierta.)	

REVISTA GENERAL

— Doctor, no se puede con esa criatura, créame usted.

— Señora, pues no pesa mucho...

AÑO I. — Octubre, 1883

— No lo digo por eso: ahora está como en visita, no hace de las suyas; pero si usted la viera en casa...

— Y sepamos qué es lo que hace en casa la señorita Esperanza — repliqué, dando un beso á la bella rubita que tenía sobre mis rodillas y me acariciaba la barba.

— ¿Qué es lo que hace? En primer lugar, no dejar títere con cabeza: todo lo destroza, es muy mala, muy pícara; cosa que se diga delante de ella no la olvida... Usted no puede figurarse. Yo no sé qué hacer con ella; en cuanto volvamos á Madrid la voy á poner en un colegio á ver si me la doman... Sí, ya verás entónces como echas de ménos tu mamita...

(La pequeña empezó á hacer *pucheros*, ocultando su cabecita debajo de las solapas de mi amplio gaban de viaje.)

— Pues, ¿y cuándo la da por llorar, doctor? Es una cosa inaguantable: no se la puede regañar sin que en seguida empiece un gimoteo que no se le ve el fin... Vamos, Esperanza, no llores, que vas á poner perdida la ropa de ese caballero, á quien ya le has molestado bastante. Vete con la Paca.

La niña se escurrió de mis rodillas y se fué con la doncella, que la dió un trozo de pan, y al cabo de dos minutos se quedó dormida en sus brazos.

El tren atravesaba las fecundas planicies de Castilla; la monotonía del paisaje había concentrado la atencion de los viajeros en el interior de mi vagon, ocupado por la señora cuyas palabras copié

Núm. X

al principio de estas líneas, su niña, la criada y dos señores muy simpáticos; uno de ellos de aspecto marcadamente extranjero, cara afeitada, fisonomía abierta, edad indefinible. La señora en cuestión le calificó de artista. El otro, viejo, de mirada afable y sonriente, y con bigote y perilla blanquísimas, era seguramente comerciante, según me dijo también al oído la buena mamá, quien, por lo que habrán podido comprender nuestros lectores, no terminó sus confidencias respecto de su hermosa niña.

Se trata de una señora viuda, extremadamente rica y dotada, según ella, de una extraordinaria penetración. Es muy amante de su hija, y al propio tiempo una verdadera bomba explosiva de palabras y exclamaciones.

La conversación se generalizó, recayendo en la pequeñuela.

— ¡Qué hermosa niña! — dijo el viejo al verla dormir.

— Sí, señor; pero, como he dicho aquí al doctor, muy mala.

— Si es porque llora, no importa — añadió el joven — actualmente se han inventado en mi país unos bebés mecánicos que lloran con mucha exactitud. Los hay de tres clases: unos de ellos con grito agudo y sostenido de minuto en minuto, que usan mucho los viajeros aficionados á los niños...

— ¡Qué atrocidad! — dijo la mamá.

— Ese es un bromazo — murmuró el viejo — tendrán que poner en los vagones de América *Reservado de bebés mecánicos*. ¡Ja, ja, ja!

— Más atrocidad son esos padres que matan sus hijos, como dice este periódico — replicó un poco amostazado el americano, señalando un número de un diario que reseñaba un horrible parricidio, cuyos detalles se resiste la pluma á transcribir, como suele decirse en el periodismo.

— Pero vamos á ver, señora — interrumpí, á fin de que la conversación no se agriase — ¿qué entiende Ud. por *mala*? Esperanza es una criatura adorable, como dicen los franceses, y á quien puede usted convertir en una mujercita muy cabal, muy simpática y muy buena con un poco de paciencia.

— ¿Paciencia? Ya tengo demasiada, no crea usted, doctor. ¿Qué le parece que haga con la niña?

— Nada.

— ¿Cómo nada? ¿Es decir que he de consentirla todos sus caprichos? Bonita educación sería ésa.

— Yo no he dicho semejante cosa. Usted se queja de que despliega una actividad extraordinaria; pues bien, lo único que ha de hacer es encauzarla y dirigirla, pero repito que *nada* para aniquilarla. No estoy en el caso de darla un plan de educación, más insisto é insistiré siempre en la conve-

niencia de que á los niños como su hija de Ud. se les guíe con el menor castigo posible, pues la sensibilidad es tan exquisita que más necesita moderación que estímulo, su inteligencia despierta alimento sano en vez de indigestas golosinas, y con poco esfuerzo se puede hacer de ella una mujer perfecta.

Es preciso desconfiar mucho de sí mismo; hay ciertas intuiciones, como Ud. dice, que engañan, y más no digo, porque el tren se detiene y ustedes han de cambiar de línea.

Partieron madre é hija, no sé si convencida la primera de lo que significaba la encantadora maldad de la pequeña huérfana de padre; y para completar la deshulvanada conversación que he transcrito demostrando lo que son las apariencias, diré que el señor comerciante era un comandante de la Guardia civil, que iba á perseguir un criminal, y el joven artista un médico de Washington que había recorrido durante tres meses España...

♦♦

Esta circunstancia me hizo pensar respecto de la tendencia general de los españoles de recorrer el extranjero sin saber nada de su patria.

El distinguido doctor americano había visitado las principales ciudades de España, donde se conservan esculpidas en piedra las más hermosas páginas de nuestra historia, las fábricas y manufacturas de las poblaciones industriales, como las catalanas que revelan nuestra actividad; las frondosas vegas andaluzas, las ricas comarcas valencianas, y estas provincias hospitalarias donde la sencillez de costumbres corre parejas con la honradez y el trabajo.

Durante el camino cruzaron trenes llenos de viajeros que regresaban de las costas francesas.

Al pasar la frontera empezaron á renegar de su país, volviendo á su hogar con el mismo mal humor del vicioso que llega somnoliento, cansado y sin blanca á reposar las horas de orgía.

¡Cuántos que pensaron hallar la salud traerán la ruina y la deshonra!

¡Cuántos vienen con lágrimas en los ojos, llevando clavado en el alma el aguijón de ciego despecho y envidiosos celos!

¡Cuántos niños que, abandonados á sí mismos, han adquirido necesidades difíciles de contentar ó defectos imposibles de corregir, serán *malos* porque no tienen otro remedio que serlo!

En cambio, ¡qué cuadros tan bellos estos de ver madres cariñosas que se dedican en cuerpo y alma á sus hijos, y en estos saludables climas, sin más adornos que la sencillez y la limpieza, continúan su educación llenas de alegría y rebosando bienestar!

¡Felices las familias que saben buscar durante el estío estas hermosas y solitarias playas donde los niños pueden gozar tanto bajo las vigilantes y amantísimas miradas de los padres!

¡Bendita la Caridad, que, como madre cariñosa, ofrezca algun día estos mismos beneficios á los pobrecitos huérfanos á orillas del mar y al borde de los saludables manantiales de este pintoresco país!

EL DOCTOR FAUSTO.

Urberuaga de Ubilla y Setiembre.

ERRORES POPULARES

EL INTRUSISMO

Ya que la bondad del ilustrado director de esta Revista nos ha honrado insertando en ella un mal perfeccionado artículo que para su correccion le remití, y ya que la amabilidad de las suscriptoras (que para ellas hablaba) ha perdonado sus faltas, ó al menos así me lo figuro, á éstas y á aquél les estoy sumamente agradecido, y préstannme valor para seguir molestándolos con el fruto de mis observaciones, si no por medio de artículos correctos, al menos con consejos emanados de mi escasa experiencia, que han de ser la expresion fiel de mi acendrado cariño á la humanidad, siquier sea cumpliendo el deber que me impone mi profesion, pues el que ejerce el tan noble como ingrato sacerdocio de la Medicina se debe todo al provecho de sus semejantes.

Extenso campo se presenta al higienista y al hombre de buena fe cuando trata de corregir tantos y tantos errores como tienen carta de naturaleza en nuestra sociedad; pero entre ellos los hay, unos sumamente importantes, y otros más secundarios.

Por eso en mi citado anterior escrito traté de desvanecer aquellos que parece perjudican á la sociedad más particularmente, y empezando por su base, es decir, por el individuo, quise prevenir á las madres de familia los cuidados especiales que se deben á los hijos desde que los llevan en sus entrañas hasta que ya pueden comunicarse y dejarse entender de los que les cercan por medio de la palabra.

Toda la solicitud, todo el cariño que los padres despleguen por esos tiernos seres que sin ningun recurso propio vienen al mundo, es poco, pues el niño paga con usura á sus progenitores los beneficios que en pro de ellos hacen, tanto en su educacion física como moral, y á la sociedad cuanto en su provecho se esfuerza, dando á los unos días de tranquilidad, satisfaccion, honra, ó de pesares, segun que su educacion haya sido esmerada ó defectuosa, y á la otra épocas de grandeza, de humillacion ó de desprestigio, segun las leyes protectoras ó de abandono que para la niñez tengan, pues que esos retoños constantes de la humanidad han de ser hombres cuando sus padres envejezcan, y han de regir los futuros destinos de la patria cuando la generacion que les antecede está decrepita. En resumen,

sólo dan lágrimas de placer ó de desventura, y días de gloria ó de deshonra, segun sea el temple de su educacion.

Entre los errores que despues de los que en esta época de la vida hay que desvanecer, paréceme ocupa el primer término el tan arraigado en la sociedad de querer buscar la salud precisamente por los mismos medios y en los puntos donde no han de encontrarla.

Nada más perjudicial que los *intrusos*, los curanderos, los saludadores, charlatanes, etc., etc., de que está plagado nuestro país, y que las autoridades no persiguen con arreglo á la ley y los particulares alientan con su imprudente ignorancia.

Hace pocos meses que para asuntos propios tuve necesidad de trasladarme á Madrid, y con tan mala fortuna que, al bajarme de un tranvía, fui arrastrado y me fracturé un brazo; y allí, en el centro del país y donde debía reflejarse en todas las clases el foco de la civilizacion, tuve el gran sentimiento de oir de una señora que al verme en la calle se compadeció de mi estado, las siguientes palabras: «Sufrirá Ud. mucho, ¿no es verdad? Le recomiendo una mujer que vive en la calle de... número... cuya fama y destreza para estas curas y otras muchas es muy grande: como que es *saludadora*; esté Ud. seguro que ha de ponerle muy pronto bueno.» Le dí las gracias por su buen deseo, y me retiré de ella lamentando, en vez de reirme, como cualquiera hubiera hecho, sus errores.

Y si esto pasa en la poblacion que debiera ser necesariamente la más ilustrada del reino, y donde las leyes debieran cumplirse en todas sus partes, ¿qué no ocurrirá en las otras, y principalmente en las poblaciones rurales?

Aquí tenemos á la que cura combinando las cartas de una baraja ó consultando los astros; á otro que nació en Viérnes Santo, ó que tuvo un compañero en el vientre de su madre; al que dice tiene una cruz en el cielo de la boca; al barbero que no ha hecho más que desollar barbas; á la gitana, al charlatan que vende polvos y agua de colores para buscarse la vida eludiendo el trabajo; á todos, en fin, á todos los vemos consultar ménos á los médicos, que despues cargan con las faltas ajenas y resumen toda la responsabilidad de que están exentos los curanderos.

Pero no es esto sólo; aún hay más: nuestros mismos hermanos los farmacéuticos que estudian una carrera, y que deben obrar segun les previene la moral farmacéutica y su deber, son los primeros curanderos: escasa, muy contada será la farmacia en que el farmacéutico se niegue á disponer algun tratamiento cuando se le pregunta: «¿Qué me da Ud. para un dolor, qué para un grano, qué para un niño ó pariente que padece diarrea, calenturas, etc., etc.? De estas agencias de enfermos, que yo llamaría fábricas de enfermedades crónicas, no sale uno sin ser despachado; y tanto más cuanto el vulgo cree que un farmacéutico debe saber más Medicina que los médicos, y consultando á ellos se ahorran el pagar á éstos; error que algunos tratan de propagar por la cuenta que les tiene, sin reparar en los daños que originar puedan.

Muchísimo más pudiera añadir á lo dicho; pero no siendo el objeto que me propongo rebajar á los farmacéuticos, y para que no se crea que mueve mi pluma ni el despecho ni la envidia, pasiones á que nunca he dado abrigo, hago punto final exponiendo á continuación algunas observaciones que han de convencer al más obtuso sobre la conveniencia de desterrar esta errónea práctica en beneficio de los enfermos mismos.

Paréceme que nada es más lógico que llevar á componer unos zapatos á la casa de un zapatero, y no á la de un herrero, un albañil ó un sastre; y esto ¿por qué? porque no lo han aprendido, porque no lo saben. ¿Quién, pues, compondrá la economía mejor que aquel que ha estudiado y ha aprendido lo que es la misma economía, aquel que ha estado en hospitales, ha visto enfermos, y á su cabecera, con los antecedentes de familia, con la historia del mal, con los síntomas que observe, pueda oponer al progreso de la enfermedad lo que la ciencia y su buen criterio le sugieran, despertando y ayudando á la naturaleza para que se sobreponga y triunfe del mal?

El farmacéutico no estudia enfermedades, no ha frecuentado hospitales, no ha visto enfermos, y lo más interesante aún es que dispone lo que le parece sin verlos siquiera, sin formar ni poder formar un juicio exacto (en caso de tener todos los conocimientos científicos necesarios) de la naturaleza de la enfermedad: éste es el punto más importante, el más capital de la cuestión, pues que cada individuo, según su temperamento, según su estado, edad, antecedentes de familia, posición, medios en que vive y otras mil causas, puede padecer una enfermedad que, con lo que otros se curarían, él había de agravarse; por cuya razón la Medicina moderna no estudia enfermedades, sino enfermos; la diarrea en los niños, por ejemplo, puede ser debida á nueve causas distintas, y el medicamento que á unos cura á otros perjudica, ocurriendo lo mismo con las enfermedades de los ojos, del estómago, de los nervios, etc., etc. Pues bien, sin la presencia del enfermo y sin conocer con todos los antecedentes necesarios lo que padece y por qué padece, ¿cómo hay quien se atreva á ponerse en manos de un curandero, y no comprenda que, si alguna vez acierta, ha de ser por *casualidad*?

Trabajo cuesta comprender también cómo hay personas que, reconociendo su insuficiencia (que carecen de los conocimientos suficientes, y no pueden ponerse en su busca porque ignoran los principios más rudimentarios de la ciencia) se aventuren á comprometer nada menos que la vida de sus semejantes por venderles un poco de unguento ó un mal confeccionado brebaje. ¡Y, sin embargo, existen!

Cuanto llevo dicho de los boticarios puede decirse de los curanderos, charlatanes, saludadores, etc., y aún más, pues que aquellos tienen en su abono el que deben conocer los medicamentos, aunque ignoren las enfermedades; pero éstos desconocen lo uno y lo otro.

Creo haber dicho lo bastante para llevar al convencimiento de las amables lectoras de esta REVISTA la inconveniencia de buscar el remedio de las enferme-

dades fuera de los que, por sus especiales conocimientos, están facultados para curar, y de los que resumen toda la responsabilidad; es muy posible, es casi seguro que los curanderos no hagan otra cosa que alargar las enfermedades, hacerlas crónicas; y si no, para convencerse de su ignorancia no hay más que preguntarles, cuando califiquen las enfermedades de irritación, subida de sangre, calenturas, pasmos, etc., qué es una irritación, una subida de sangre, una calentura, un pasmo, y por qué causas han sobrevenido, y entonces los vereis enmudecer, ó decir desatinos si á su ignorancia añaden la osadía.

Así, pues, en nombre de vuestra salud y la de vuestras personas queridas no os fieis de curanderos; id en busca del médico que más confianza os inspire, en la seguridad de que aquél que os parezca más torpe tiene que saber más que cualquier curandero.

DR. JOSÉ COSANO.

LAS PRECOCIDADES

La precocidad infantil se manifiesta en estos días de calor de una manera alarmante. Tenorios de doce años persiguiendo á colegialas de diez y once en el Prado y Recoletos; cartas que se cruzan, suspiros que se cambian, frases de dudoso gusto y de evidente mala educación; hé aquí el espectáculo que diariamente nos ofrecen las generaciones que nos van empujando en el camino de la vida. Muchas de estas historias terminan con felicidad mediante una docena de azotes propinada á una Julieta prematura y á un Romeo en agraz; pero otras muchas van labrando insensiblemente en sus infantiles protagonistas, que llegarán á los veinte años con el corazón seco á fuerza de desencantos y con una ridícula experiencia antes de tiempo adquirida, cuando no con males más graves é invencibles. Las niñas de hoy no tienen seguramente el mejor ejemplo en sus criadas y niñeras, que arrastran junto á sí en los paseos á toda la guarnición libre de servicio; pero la falta principal no está en los guardianes mercenarios, sino en los padres, ó para hablar más propiamente, en las madres, que desatienden una de sus más sagradas obligaciones, privando de su cuidado á los ángeles que el cielo les confió, y autorizando, á la sombra de este abandono, que la blancura de las alas de aquéllos se manche antes de tiempo con las impurezas del mundo.

Nada más común hoy que escuchar á un niño de quince años que *está cansado de la vida*, ó á una niña de la misma edad que *necesita buscar en el claustro el descanso que la niega el mundo*.

Hay quien antes de entrar en quintas está hastiado de los placeres, y quien habla en sus primeros versos de las arrugas de su frente ó la plata de sus cabellos; quien dice á los diez y ocho años que es ya tarde para emprender una carrera, y quien acusa á sus padres de tenerle abandonado porque un amiguito suyo, hijo de un subsecretario, empezó á cobrar sueldo del Estado antes de cumplir doce años. Hay quien llama á la

puerta de la Sociedad de Escritores con una matrícula de segunda enseñanza; quien se inscribe como socio del Ateneo mucho ántes de afeitarse, y quien funda un periódico en la edad en que debiera dar un repaso á la gramática española.

Salir solos de noche, retirarse á la madrugada, amanecer á las doce del día, esto es lo más natural y corriente, casi tan natural y tan corriente como el vencer la repugnancia que causa el tabaco y hacerse tributarios de la renta mucho ántes de haber aprendido el *quis vel qui*.

Las niñas, á su vez, sueñan desde que tienen ocho años con el vestido largo, que les permitirá gastar unos tacones muy altos; poco despues vuelven la cara para ver si sigue sus pasos algun enamorado; á los quince años han cambiado cartas con todos los jóvenes de la vecindad y con todos los cadetes del arma de infantería. Mucho ántes han abandonado á sus compañeras, que juegan á la comba ó á las cuatro esquinas, y han condenado al destierro á las muñecas, esas fieles compañeras que recibían de ellas unos cuidados maternales de referencia y no lloraban más que al apretárseles la cintura. ¡Tener muñecas hoy! ¡Eso se queda para niñas de tres ó cuatro años!...

—¿Cómo están los muchachos? —preguntaban ayer á D. Homobono, que tiene cuatro varones y una hembra menores todos de diez y ocho años.

—Juanito muy bueno: esta noche dará una conferencia en el círculo político.

—¿Y Andrés?

—Hace tres noches que falta de casa; pero con estos sucesos no me extraña. ¡Ha sido siempre tan liberal!

—¿Y Diego? ¿Estudia?

—¡Ah! Ese está muy ocupado escribiendo una obra sobre el naturalismo.

—Rosita, tan guapa...

—Algo palidilla anda... Ahora tiene relaciones con un alferez.

—¿Y el pequeñín, aquel rubio tan listo?

—Calle Ud., que me acaba de dar un disgusto muy grave... ¡Pues no se ha escapado con una amazona del Circo! Y lo más grave ahora es que quiere el empresario que yo le indemnice daños y perjuicios!...

M. OSSORIO BERNARD.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE OCTUBRE

El frío intenso que se ha dejado sentir días pasados exige grandes precauciones en las madres respecto á las salidas de los niños y á sus trajes. Los que recientemente han sido puestos de corto deberán dormir con mantillas, previniéndose las nodrizas de los bruscos enfriamientos del seno, que tan malas consecuencias suelen acarrear.

Ahora más que nunca conviene evitar que los pequeños paseen por sitios húmedos despues de la puesta del

sol, no siendo excesivo el peso de los abrigos, pero cubriéndoles los brazos y piernas.

La alimentacion ha de ser reparadora y compuesta de carnes, sobre todo en los niños débiles, pudiendo tomar algunas cortas cantidades de vino mezcladas con agua en las comidas. Puede empezarse á dar el aceite de hígado de bacalao á los escrofulosos en la forma y manera que aconsejan los médicos.

DR. TOLOSA LATOUR.

EL DERECHO A LA EDUCACION

Nace el niño, y con él la necesidad de la lactancia, primer deber que limita la libertad de la madre.

Nos encontramos entónces con tres seres, el padre, la madre y el hijo, que tienen derecho á la existencia. El *derecho á vivir del niño* encuentra en parte su realizacion en *el deber que tiene la madre de lactarle*; pero esto no basta; el niño moriría si á su vez no se alimentara la madre, y si uno y otro no tuvieran medios de ponerse á cubierto de la intemperie, del calor, del frío, de la lluvia, de las nieves, de las tempestades; es menester que puedan cobijarse en una cabaña y abrigar sus desnudas carnes. El derecho de la madre y del hijo á alimentarse, vestirse y tener una morada, supone, pues, *deberes correlativos en el padre*. Este es, en efecto — y no puede ser otro — quien, ayudado á veces por su esposa, y solo siempre que ésta lucha con los dolores del parto, ó se siente aquejada por otra enfermedad, ó se halla embargada por los cuidados que exige la crianza del niño recién nacido, acude al monte, mata la caza, utiliza las pieles, recoge el fruto espontáneo de los árboles, desgaja sus ramas más gruesas y fabrica con ellas una tienda. Si admitimos en la humanidad un primer período histórico de inspiracion, anterior á otro de degradacion y envilecimiento, una edad de oro, un paraíso ántes de la caída; si ya que la formacion del primer hombre es instantánea y milagrosa, y se le supone un desenvolvimiento intelectual al nivel de su desarrollo físico, la vida de la primera familia humana será entónces ménos ruda: no se vestirá con pieles de animales, criará ganados, cultivará la tierra y edificará una casa.

Pero, para que la demostracion sea más convincente, yo debo suponer á esa familia en el estado salvaje. Y bien; aun en esta hipótesis es indiscutible que esos tres seres, el padre, la madre y el hijo, no son absolutamente dueños de sí mismos, no se pertenecen exclusivamente, sino que cada cual pertenece, á la vez que á sí propio, á los otros dos seres, á quien está indisolublemente unido. No se

negará esta union íntima de la madre, porque sin la lactancia perecería el hijo. Pues tan evidente es la del padre, porque sin su trabajo y auxilio morirían el hijo y la madre, y sería imposible la reproducción del género humano. Fúndase, por tanto, el deber de la asistencia en el padre, ó sea el deber de cuidar, alimentar, vestir y alojar á esos otros dos seres, en la misma Naturaleza, en una necesidad ineludible, *en las relaciones de las cosas*, que son las que, segun la frase feliz de Montaigne, constituyen el derecho ó la justicia. A lo cual se agrega que la Providencia, que puso siempre un sentimiento al lado de cada necesidad para afianzar su satisfaccion, infundió en el hombre el doble afecto del amor y la paternidad.

Tenemos, pues, *tres existencias que se engranan y limitan recíprocamente*. Ni el padre ni la madre tienen derechos absolutos: su libertad está limitada por los deberes que se derivan de su union y de la existencia de una criatura, de cuyo nacimiento son responsables.

Sigamos adelante. Pasa un año y cesa la lactancia: el niño ha aprendido á tenerse en pié; pero todavía necesita quien le guíe y le conduzca por la mano: apenas se muestran aún en él los primeros resplandores de la inteligencia; no tiene idea de las cosas y carece de instintos que le preserven del peligro, de tal modo que, si encendeis una luz, le vereis, arrastrado por la curiosidad, alargar uno de los dedos de su manecita, sin sospechar que puede quemarse. Casi lo mismo sucede en el segundo, tercero y cuarto año. Si no fuera por los cuidados de que es objeto durante su tierna infancia, se abrasaría en el fuego encendido por su madre para preservarse del frío y condimentar el alimento, ó se ahogaría atraído por el suave murmullo de una corriente y fascinado por el brillo cristalino de sus aguas. De todas suertes, no sabe si quiera procurarse el alimento, ni es capaz de gobernarse á sí mismo en mucho tiempo; quien quiera que sea padre, ó que, sin serlo, observe lo que sucede en su casa, en la de sus parientes y amigos, no negará ciertamente que el niño á los cuatro, á los seis, á los ocho y diez años, necesita para existir ser ayudado y dirigido. En el estado salvaje, un hombre no es capaz de procurar medios de existencia á una familia ántes de la edad de treinta y cinco años (1).

Pero si há menester de direccion, preciso es que haya quien le dirija, y ved aquí cómo nace natural y necesariamente el poder paterno.

¿Y cuál es la naturaleza de este poder? ¿Cuáles su extension y sus límites?

¿Es un poder de proteccion que impone deberes hácia el hijo, ó ha sido sólo instituido para que el padre satisfaga sus pasiones y saboree los goces del mando?

No es dudosa la respuesta. El hijo tiene derecho á la existencia; no es suya la culpa de haber nacido; si no puede por sí procurarse el alimento, el vestido ni la habitacion, obligacion es de quien le dió el sér satisfacer estas necesidades.

Y su derecho no acaba aquí, porque tiene necesidades de otro órden, que demandan igual satisfaccion: es un sér inteligente y moral, y, por consiguiente, el que le dió la existencia física está obligado á hacerle hombre, esto es, á formar su corazon y desarrollar su pensamiento. El niño tiene, pues, derecho á la educacion, que es el alimento del alma y el signo característico de la especie humana, lo que más la ennoblece y la distingue de los demás seres de la Creacion. La abeja, la hormiga, el castor, y en general los animales herbívoros, son sociales como el hombre, y algunos de ellos ejecutan actos tales que, más que del instinto, parecen hijos de la inteligencia.

El caballo, el perro, el mono, obedecen á nuestra voluntad, reciben y aprovechan nuestras enseñanzas, y sienten, al parecer, como nosotros, singularmente los dos primeros, que nos dan á menudo lecciones elocuentes de lealtad y gratitud. Individualmente un perro, un caballo, un mono, educados por un experto domador, revelan, al parecer, más inteligencia que un hombre salvaje; y, sin embargo, hay un abismo insondable entre estos animales y la especie humana. Al mono sabio no le es dado adquirir en vida la palabra, ni á su muerte transmitir á sus descendientes su ponderada sabiduría: aprende y no puede enseñar; todo acaba con él; al recibir sus huesos la madre tierra, no queda de su paso por el mundo ninguna huella. Por el contrario, los hombres dotados por Dios del privilegio de la palabra, compañera inseparable del pensamiento, cambian sus sentimientos y sus ideas para satisfacer sus necesidades morales é intelectuales, de la propia suerte que cambian los productos de su trabajo para satisfacer sus necesidades físicas, y por este comercio íntimo y de todos los instantes aprenden y se enseñan mutuamente, se comunican sus invenciones, trasmiten el caudal de sus conocimientos á sus hijos, que, enriquecidos por el tesoro que han recibido de manos de sus padres, le aumentan á su vez con otros descubrimientos más importantes, que legan también á sus descendientes; y de esta manera, pasando de generacion en generacion el sagrado depósito del saber humano, acrecentado siempre con nuevos y más sorprendentes progresos, sur-

(1) Comte, tomo II, pág. 299.

gen la civilizacion griega, la romana, ó la de la Europa moderna con todos sus esplendores, sus maravillas y sus encantos. La perfectibilidad y la solidaridad: hé aquí el privilegio de la especie humana, su verdadero distintivo, lo que hace imposible confundirla con los animales. Ahora bien, ese privilegio sería estéril, y nos rebelaríamos contra la obra de Dios, si el niño no tuviera *derecho á la educacion*, si el padre no estuviera obligado á suministrarla.

MANUEL ALONSO MARTINEZ.

LOS NIÑOS EN LA ESCUELA

LAS ENFERMEDADES CONTAGIOSAS Y SUS SÍNTOMAS

(Continuacion)

ESTOMATÍTIS ULCEROSA

XXIII. Está caracterizada por el desarrollo en las encías, y en toda la boca, de ulceraciones grises, que sangran y que tienden á aumentar en extension y profundidad, siendo muy fétido el aliento.

ANGINA DIFTÉRICA

XXIV. Es una de las enfermedades más graves y más contagiosas. Uno de sus síntomas principales consiste en la presencia de falsas membranas de color blanco ó grisáceo, á veces sanguinolento, en la garganta.

XXV. Empieza de un modo insidioso. El niño se queja de dificultad para tragar, enronqueciéndosele un poco la voz en un principio y presentándose infartos en el cuello.

XXVI. Todo niño que además de estos síntomas presente síntomas de catarro nasal y las llamadas falsas membranas, que fácilmente se pueden reconocer, deberá separarse inmediatamente de sus compañeros.

XXVII. Se puede distinguir del *falso crup* en que esta afeccion se presenta de repente durante la noche sin síntomas precedentes. La tos es muy fuerte, la del *crup* es apagada. La voz es clara y no se presentan falsas membranas ni infartos. No reviste la gravedad del *crup* verdadero.

DISENTERÍA

XXVIII. La disentería es una enfermedad que puede ser contagiosa. Por esta causa debe evitarse que frecuenten los niños enfermos los retretes generales.

XXIX. En esta afeccion hay frecuentes deseos de defecar, y sólo despues de grandes esfuerzos y dolores arrojan algunas materias glutinosas mezcladas con sangre, diferenciándose de la diarrea en que las cámaras son líquidas en este último caso.

FIEBRE TIFOIDEA

XXX. No empieza nunca de un modo brusco. La inapetencia, la pérdida de fuerzas, la fiebre, los dolores de cabeza intensos, la pérdida del oído y los zumbidos,

vértigos, el sangrar por las narices, cólicos, diarrea, lengua sucia, son síntomas que se presentan casi siempre; pero, como hemos dicho al hablar de la fiebre, para cuando una enfermedad de este género haya estallado, el niño deberá hallarse ya en su casa.

TOS FERINA

XXXI. El contagio de la tos ferina es muy grande y rápido. Deben aislarse, pues, los niños que la padecen aún cuando sea poco intensa.

XXXII. En los primeros momentos se confunde con un catarro. La tos tiende á presentarse en accesos más frecuentes durante la noche que durante el día, quedando perfectamente bien en los intervalos.

XXXIII. El acceso empieza generalmente por un sentimiento de malestar, durante el cual el niño lucha contra la tos que va á estallar y de repente; ésta se declara por rápidas sacudidas, que se suceden sin interrupcion hasta producir verdadera sofocacion. Entónces el paciente hace algunos esfuerzos de inspiracion casi convulsiva y sibilante, seguida de algunas sacudidas de tos. Por lo general, despues de un momento de reposo se reproduce el acceso más débil y más breve que el primero, terminado el cual el niño expectora una masa más ó menos espesa de mucosidades, que en parte arroja y en parte traga. Hay ocasiones que vomita los alimentos contenidos en el estómago. El acceso dura de quince segundos á un minuto próximamente.

XXXIV. Es una de las enfermedades que tienen complicaciones más graves, á veces mortales.

OFTALMIAS

XXXV. Todo maestro debe vigilar toda inflamacion de los globos oculares de sus alumnos, fijándose muy especialmente en el flujo purulento de las oftalmías graves, que exigen un tratamiento, inteligencia y el aislamiento de los enfermitos. Toda oftalmía es por lo general contagiosa.

SARNA

XXXVI. La sarna pertenece á las enfermedades parasitarias, reconoce por causa la presencia en el espesor de la piel, y bajo la epidérmis, de un parásito el *acarus scabiei* ó *sarcopto*.

XXXVII. Está caracterizada por el desarrollo en diferentes puntos del cuerpo, pero sobre todo en las manos y en los piés, de pequeñas vesículas transparentes que determinan una gran picazon. A veces al rasarse se produce una costra oscura, de la cual parte una línea blanquecina que parece un araño y termina en pequeño abultamiento. Bajo este surco anida la hembra, de donde se la puede extraer.

XXXVIII. Créese que se contrae más fácilmente durante la noche, por ser el acaro un animal nocturno pero esto no quita para que los niños no frecuenten la escuela y sus familias les hagan dormir aislados.

XXXIX. La sarna bien tratada se cura fácilmente.

MODESTO ANUELLA.

(Concluirá.)

LO QUE DEBE SER UNA MADRE

I

No cumpliría seguramente á nosotros decir á una mujer lo que debe ser, ni las obligaciones que tiene, ni los deberes que ha de cumplir en la sociedad en general y en la familia en particular, cuando llega á desempeñar la más grande, más santa, dulce y tierna de las misiones que Dios y la Naturaleza la han encomendado sobre la tierra.

Hay cosas que no se dicen porque se adivinan y se comprenden, y la mujer, con el claro instinto y la admirable intuición de que se halla dotada, comprende claramente, por muy limitado que sea su talento, muy escasa su instrucción y muy grande el aislamiento en que respecto de la sociedad se encuentre, cuál es su deber.

Uno de los sentimientos más arraigados en el corazón humano es el amor paternal, por el cual han llegado á hacerse hasta prodigios de abnegación y heroísmo; sentimiento que se encuentra y observa en todos los seres de la Creación, desde el hombre, primer individuo de ella, hasta el último animalillo y el más insignificante insecto.

El hombre ama á sus hijos, los defiende, los ampara contra todo riesgo, les facilita los medios de subsistencia, les procura la educación y atiende á sus adelantos, para facilitarles el bienestar y la felicidad que son posibles en este incompleto mundo; pero obligado á adquirir los medios para cubrir estas obligaciones por lo regular fuera del hogar doméstico, el contacto con sus hijos es ménos inmediato, no *pelea*, como vulgarmente se dice, con ellos, y su amor, por lo tanto, no es tan vivo y tan profundo como el que se desarrolla en el corazón de las madres.

Estas, desde el momento que dan al mundo el fruto de sus entrañas hasta que el nuevo ser llega á adquirir su completo desarrollo, se encargan (ó deben encargarse) del más ímprobo y penoso de todos los deberes y de todos los trabajos por la multiplicidad de fases que presentan y diversidad de cargos que le acompañan. Ellas amamantan al hijo de sus entrañas, cuidan de su aseo, atienden desveladas á todos sus movimientos, alármanse profundamente á la más pequeña señal de dolor que en él advierten; sostienen sus vacilantes pasos cuando principia á querer andar; le dirigen con inefable gozo la palabra, que el tierno infante con balbuciente voz repite, enseñándole así á formar su lenguaje, y ningún placer, ninguna satisfacción es comparable á la que la mujer experimenta cuando ve á sus pequeñuelos ágiles, sanos, robustos, saltar á su alrededor repitiendo las palabras que ella les ha enseñado á pronunciar, y cuando recibe las tiernas y puras caricias, que son la expresión del verdadero cariño, en una edad en que no se conocen todavía la doblez y el disimulo.

Esto por lo que toca á la parte física, porque en la moral, ¡cuántas obligaciones, cuántos deberes no se impone una mujer con sus hijos! Ella inculca en el

ánimo de éstos los principios de la Religión en que ha sido educada, de los cuales siempre queda algun resto, algun vislumbre en la vida sucesiva, aunque la educación superior, el trato social, el ejemplo, las convicciones ó los errores alteren y vicien las primitivas creencias del individuo; ella en sus lecciones, en sus ejemplos, y hasta en las consejas y cuentos con que á los pequeños entretiene, les da nociones de moral y de virtud, y rara, rarísima será la madre que por muy pervertida que se encuentre, por muy viciosa que sea (de lo cual no faltan ejemplos), haga alarde de sus vicios ó sus defectos y procure inculcarlos en el ánimo de los objetos de su cariño.

La mujer, como la historia nos lo demuestra, es heroica en los pueblos heroicos, grave en los pueblos serios, frívola en las sociedades ligeras y cruel en las naciones feroces; pero ora posea todas las virtudes, ora se halle cargada de todos los vicios y defectos, lo que á ninguna mujer la falta, lo que en todas como brillante adorno resplandece, es el amor á los hijos.

Y este amor, causa de inefables dichas, que sólo puede explicarle quien lo siente, no es, por lo comun, ni agradecido ni pagado. Los hijos no aman á sus madres como se merecen y como tienen derecho á exigir. Si no se las paga sus inmensos beneficios con la más negra ingratitud, se las trata por lo ménos con fría indiferencia y reprensible abandono.

Sí, desgraciadamente pocos son los hijos que aman á sus madres como debieran. Verdad es que por la ley de las compensaciones y por el encadenamiento de sucesos que en la vida ocurren, los hijos, y principalmente las hijas, que no conservan á sus madres el perpétuo y entrañable amor que de justicia se les debe, también llegan á ser madres, también aman con la misma ternura con que fueron amadas y vienen á sufrir los mismos amargos desengaños que ellas dieron.

II

Hemos hablado de la madre, tal cual es ó debiera ser; pero con dolor hemos de decir que en la época de corrupción, aspiraciones bastardas y desenfreno porque atraviesa la sociedad positivista, hay en las clases elevadas algunas madres que en nada se parecen á las que se encuentran en las humildes esferas populares y en las medianamente acomodadas. Las mujeres del gran mundo, las que viven en una atmósfera de lujo y de esplendor, víctimas de los caprichos de la moda y esclavas de la frivolidad y de los delirios sociales, consagran á sus hijos, cuando llegan á ser madres, un amor ficticio, una ternura aparente, y muchas, si se complacen en tenerlos, es sólo por un sentimiento de vano orgullo, por hacer alarde de fastuosa ostentación y porque son un elemento que satisface su vanidad, presentándolos en los paseos y reuniones donde puedan presentarse niños como modelos de suntuosidad y de elegancia, procurando eclipsar de este modo los de sus amigas y compañeras.

A estas madres por mal nombre, van dirigidas nuestras humildes consideraciones.

La mujer que, temiendo el ridículo en que incurre

quien no observa las necias y ridículas prescripciones de lo que ha dado en llamarse *buena sociedad*, reniega de sus afectos y prescinde de sagrados deberes, brillará, será admirada en los salones, será obsequiada, adulada, gozará aparentemente, no lo dudamos; pero su corazón permanecerá desierto y vacío de purísimas emociones.

La madre que por no ajar su belleza y pasar malas noches sufriendo insomnios y vigiliás que marchiten las rosas de su tez y nublen el brillo de sus ojos; la que por no faltar al palco de la Opera ó á las reuniones semanales del duque de X ó del marqués de Z y por no manchar y arrugar sus elegantes trajes encomienda la lactancia de su hijo á mercenaria nodriza, conservará, sí, por mucho tiempo su belleza; pero trasmite á otra mujer el derecho, la facultad, digámoslo así, y hasta el nombre de madre, y no experimentará el inmenso, el inefable placer que siente la honrada esposa del obrero, del industrial, del individuo de la clase medianamente acomodada cuando da por alimento á los hijos la sangre de sus venas, infundiéndoles con la leche el amor en que rebosa su alma.

La que para adornar al hijo de su alma, como aparentemente le llama, encarga á la más elegante modista de la capital vistosos trajes y costosísimos adornos; la que parece extasiarse en la belleza del niño con tales adornos realizada, ¿gozará un placer más puro, más completo que el que disfruta la aplicada mujer del pueblo, la laboriosa madre de familia de mediana posición, que en plácido sosiego del hogar doméstico, ignorando que hay otro mundo de lujo y de esplendor, ocupa su velada en confeccionar el humilde y modesto traje de sus hijos, donde al par de la sencillez brilla la limpieza, que es el lujo mayor de los niños? No seguramente.

¿Y podremos llamar madre á la opulenta señora que, disponiendo de cuantos recursos y elementos proporciona la fortuna, deja sus hijos abandonados en poder del aya ó las doncellas, sin enterarse de las atenciones que éstas les tengan ni del cuidado con que atienden á su seguridad, mientras ella pasa las horas olvidada de su casa y de su familia, embriagada con la pesada atmósfera de lujo y esplendor que en los salones se respira? Y cuando esta madre nominal, digámoslo así, vuelve á su casa rendida, fatigada, hastiada de goces y placeres, cuando no desengañada y arrepentida, ¿tiene gusto ni deseo de ver á sus pequeñuelos y de imprimir un beso en su cándida frente?

Y los placeres que ha gozado, ¿son comparables á los que disfruta la amorosa madre que yace en plácido sueño con su hijo en los brazos, cuya cabecita se apoya en su seno, y que al despertar la sonríe con la tierna expresión que la fe cristiana atribuye á los ángeles?

¡Ah! Los hijos de los ricos, los que de nada carecen, los que ven satisfechos sus gustos y sus caprichos apenas los forman, son moralmente más pobres que los hijos del infeliz jornalero; más pobres, sí, porque les falta el mayor de los bienes, y que no puede adquirirse con el oro: el amor de una madre.

De esta especie de aislamiento en que por las exi-

gencias del buen tono y las ridículas etiquetas del gran mundo viven los niños de la aristocracia y de las clases opulentas respecto de sus padres, y en especial de sus madres, en la primera infancia, nace ese indiferentismo, esa frialdad, esa carencia de amor expansivo que advertimos en ciertas esferas sociales; indiferentismo que se aumenta conforme la edad adelanta y que llega, por último, á extinguir por completo el mutuo amor de los padres y los hijos.

Pero no todas las madres opulentas caen en la errónea falta que hemos lamentado. En todas las clases existen honrosas excepciones, y nos complacemos en citar como modelo la de una elevada señora que, cercada de todos los goces y placeres que la riqueza facilita, sólo piensa en el cuidado y vigilancia de sus hijos. Despreciando las críticas y murmuraciones de las personas frívolas que no comprenden, porque no los sienten, los tiernos goces de la maternidad, se la ve en los públicos paseos ocupando lujosa carretela con su hijo en los brazos, á la que ella misma amamanta, porque jamás ha abandonado este cuidado á mercenaria nodriza. Cuando las exigencias sociales la obligan á asistir á alguna reunión de imprescindible necesidad, no sale de casa sin dejar acostados sus hijos, y los abandona con pesar, aunque por pocos instantes. Abrevia cuanto las costumbres del necio mundo lo permiten su permanencia en los salones, y pensando siempre en los amados de su corazón, cuando regresa á su casa no va cansada ni hastiada del placer de las diversiones, sino anhelante por ver á aquellos que duermen sonrientes en el tranquilo sueño de la inocencia, para imprimir un beso en su frente pura y para enterarse que no ha pasado por ellos ni aún la sombra de un desagradable suceso.

Mucho pudiéramos seguir escribiendo, y no un artículo de periódico, sino un extenso volumen llenaríamos con las reflexiones que nos surge el importante asunto á que estas líneas se consagran; pero concretándonos á los estrechos límites de que podemos disponer y como resumen de todo lo expuesto, solamente diremos que una mujer debe ser:

La tierna madre de sus hijos.

LUIS VEGA-REY.

CUADROS REALES

UN DRAMA CONTEMPORANEO (I)

(Conclusion)

II

Ha transcurrido un mes; y como algunas semanas significan algunos años en la vida de un volátil, con relación á la medida de nuestra existencia, aquellas semanas han tenido gran valor moral para los moradores del palomar.

Hagamos historia.

(I) Véase el número anterior.

El instinto de una sibarítica molicie no se había modificado en nuestra paloma; jamás concedía á sus polluelos el amor entrañable que siente la pantera por sus cachorros; hartas preocupaciones tenía prosiguiendo sus licenciosos extravíos, con mengua de sus tradiciones é historia.

La volariega madrugaba mucho, sin que ni el gorgoteo de sus hijos, ni el chascar de su compañero, llegasen á arrancarle ni una contestacion, ni un arrepentimiento, ni una caricia; salía, pues, presurosa, buscaba en la cocina algun alimento y hendía el espacio hasta llegar al palomar de enfrente, que sólo separado quedaba del suyo por un jardin, y se dedicaba un rato á pavonearse ante sus vecinas, no sin recibir desaires y agresiones de las respectivas consortes de cada uno de sus enamoradizos perseguidores, de aquellos mismos, en fin, á quienes permitía insolentes proposiciones.

Los detalles de esta vida de liviandades traían á su macho desasossegado, receloso; algunas veces se encontraba en el desvan dando rienda suelta á su quebranto con lastimeros arrullos, que inmutaban á los pequeños, los que por espíritu de imitacion quejábanse tambien con el padre, redoblando su pesar.

¡Cuán melancólicamente comenzaría el verano para el padre y los hijos, no obstante aquellos tibios y perfumados días! y, sin embargo, todo revivía en torno suyo, todo lo que se mueve palpitaba de vida y expansion, el regocijo venía de todas partes, estaba en el aire mismo, los canarios, los ruiseñores, los niños todos cantaban bajo un cielo refulgente, los susurros del agua parecían más sonoros, el perfume de las flores más penetrante, los giros de las mariposas más lentos entre las frondas inundadas de áurea luz! Un día semejante, pero en que sus rencores parecían haberse adormecido (pues macho y varon son débiles, y sólo hubo un Tántalo por fuerza) salióse á un alero, no pudiendo tolerar la carga de tantos recuerdos encerrados en la cárcel de la prudencia, y se expresó con sentido reclamo amoroso de modulaciones tiernas, suplicantes, para atraer á la desertora.

Llamarla equivalía á dar voces en desierto, y no porque la reclamada no le oyese; pero la más temible distancia fué siempre la que impone el olvido, el desden, la indiferencia. Por fin la divisó y se dijo «vuelve á mí arrepentida», y el gozo acrecentaba los vuelos á su esperanza; no obstante, ella ni se movía de una lumbrera donde había hecho pié. Un galan trovador, completamente vestido de negro y blanco (traje de sociedad), un palomo real de los de enfrente (siempre los de enfrente), la esperaba amartelado en un árbol, circunstancia de la que se dió cuenta el marido.

Ella con desenvoltura y brío cruzó ante su rondador, lanzándole al paso incoherentes cuchicheos, y recibió de él una inclinacion de cabeza en accion de gracias con un rápido aleteo; á continuacion, y con fatuidad, él exhibió sus abanicos laterales, y el abanico posterior, sin duda para que ella lo viera, aunque mejor hubieran hecho ambos en mirar la que se les venía encima; pero, nada, ciegos por el amor, ligeros como alondras, se reunieron en lo más alto de un torreoncillo inmediato.

Bonito era contemplar á los amantes reunidos, ella tan blanca, él tan negro: Otel y Desdémona, el día asociado á la noche, para confundirse en suave crepúsculo; aunque sospecho que estas consideraciones estéticas tendrían escaso valor plástico para el encelado volátil.

Como quien estaba dispuesto á todo, airado y vengativo, se interpuso entre los culpables, arremetiendo con furia ciega á su enemigo, y harto caballeroso proceder tuvo respetando el sexo débil, y trabóse entre los machos porfiada lucha: parecía á la de dos gallos ó refñidores de oficio.

Si la fuerza del derecho, si la justicia de la razon fuesen armas que se pudieran esgrimir materialmente, no presenciaríamos á todas horas esa doble tunda que algunos reciben sobre su cuerpo y su honor: gracias á tan lamentable casualidad debía abominarse el duelo; por eso allí tambien cayó el agraviado á los piés del ofensor, practicando aquél, cuando le fué posible, una retirada honrosa, disimulando los avergonzadores chichones y las desplumaduras ignominiosas. Maltrecho, alicaído, refugióse filosóficamente en el palomar, único sitio donde aún era señor, salió el sol á recibirle, aunque más justamente pudo recibirle la luna de Valencia, y aun así se le figuró al cuitado que hacía frío y que era de noche.

Decididamente aquel día habían de verificarse grandes cambios en todo; era de rigor que tambien los hubiera meteorológicos, y á un día sereno sucedió de improviso una noche borrascosa, que sacudía en el nido al palomo y á los pollitos, quienes, casi deslumbrados por los relámpagos, no sabían dónde ocultar bastante profundamente sus cabezas, atolondradas con el retumbar del trueno. Cuando la lluvia caía á torrentes, un ave cruzó como una flecha por delante de la ventana; instantes despues la franqueaba, entrando en el palomar. Era ella, precisamente ella, á quien por un descuido la tempestad había sorprendido al raso.

El palomo le salió al encuentro hostilmente, como quien dice:

— ¡En este nido jamás dormirás si vivo yo! Aléjate, vete para siempre. ¡Déjame junto á ellos, sé que tienen miedo al huracan, ellos me han traído!

— No puedo irme, llueve mucho — parecía responderle ella.

— Te odio, vete — le contestó quizá él, y estalló con extraordinaria violencia un trueno formidable.

La paloma errante salió del desvan volando con lentitud, á merced de los desencadenados elementos.

El herido por la doble tempestad de aquella siniestra noche se dejó caer aterrado, mudo, en una caja de dátiles rellena de paja, donde permaneció la noche, medio muerto de frío, medio vivo de dolor, pero en un insomnio insoportable.

.....
Apénas clareaba cuando se dijo:

— Con la primera bandada que pase me marchó lejos... y sólo esperaré que curen mis heridas. ¡Pobre de mí... cómo estoy! Además, los chiquitines no necesitarán de mis auxilios; por otra parte, se hacen esquivos, egoistas, y llegarán, como su madre, á ingratos; con que,

en cuanto sepan volar... al sol, que yo ya sé lo que me espera aquí — murmuró para su pechuga, no obstante esta protesta tan impropia de un palomo.

Continuó algunos días más, enseñándoles á hacer pinitos aéreos, á beber agua, á cuidar del nido y á acostarse por sí solos.

Para perfeccionamiento último de tan esmerada educación les recomendó un aseo digno de todo palomo bien nacido, estimulándoles diariamente con el ejemplo.

Ellos debutaron con baños menores, ó sean pediluvios, teniendo por termas la cocina y una cazuela honda, donde bebían dos perros de caza, cuando no *aquel* horrible gato de marras.

No hay para qué decir que el palomo-padre, en cada una de estas prácticas higiénico-balnearias, arrostraba la vida que de antemano parecía haber consagrado á sus hijos; de éstos, el macho, para lanzarse á las ondas, era intrépido como un Leandro; en cambio á su hermanita le horrorizaba el océano de la cazuela, así como si el presentimiento de una próxima desdicha le acongojase; ya, en fin, sólo el respeto filial obligábanla á chapuzarse en los días de más calor, hasta que en uno de ellos cayó de bruces al agua, pero en tan favorable circunstancia que el padre se hallaba presente.

La catástrofe le sobrecogió, y azarándose comenzó á alborotar cuanto podía.

La cocinera, que iba á ensartar en la aguja del asador los cadáveres de algunas chochas asesinadas por el señor de la casa, renunció á su cargo de Torquemada por el de Termutis, sustrayendo del modesto Nilo al improvisado Moisés. Rápidamente, y con más vigor de lo necesario, enjugó al naufrago con una rodilla medianamente limpia, y pico abajo le dejó allí al sol en una zalea.

Pronto el padre le cambió de posición con sus halagos tiernísimos; y creyendo que podría por lo menos obligarle á caminar, se retiró al pasillo y desde allí comenzó á llamarle. Coincidiendo con una de sus salidas la entrada de la niña chiquitina, y, compadeciéndose de los escalofríos del pichon, lo colocó al calor de su caritativo seno.

El padre, impaciente por la cachaza del que esperaba, volvió, y podeis figuraros cuál sería su delirante arrebató al echarle de menos, locura que desde luego manifestóse latente, poderosa, y se lanzó á buscarle por los vasares, la carbonera, en la artesa, dentro de una espuerta y aún en otros lugares indignos de especial mencion.

Nosotros seguíamos con cruel interés todos sus giros vertiginosos, escuchábamos poseídos de afanosa curiosidad sus vocinglerías, que, traducidas por las niñas al lenguaje corriente, significaban:

— ¡Pobrecito mío! ¿dónde te han llevado? Anda, hijo, quéjate, dí algo que yo te oiga, y te ayudaré; ton-tuelo, no seas medroso, ¡llama... llama! que aunque no tienes madre valgo yo por dos... ¡Contesta, contesta... si es que ese maldito gato no te ha muerto ya!

Y con arranque de águila se lanzó hacia la ventana de encima del fognon para salirse al tejado. Tan ciego

estaba, que tropezó con uno de los tubos de palastro, casi candantes.

Lanzó un graznido ronco y se desplomó sobre los azulejos, por fortuna desde poca altura. Acudimos á cogerle y le hicimos la cura del ala, que tenía herida cerca del cuello.

El se resistía como diciendo: «¿Qué me importa esta quemadura, si mucho mayores son las que llevo ocultas?

Y como el mejor de los bálsamos le presentamos el hijo, enteramente rehecho de su percance.

Ante el precioso hallazgo incorporóse lentamente, y arrastrándose como pudo, llegó á él: le hacía zalemas y cortesías de felicitación, que algun prócer de la corte de Pedro el Ceremonioso ó cualquier galán de la de Luis XV hubiesen aceptado como irreprochables. Y ¡ved lo que son las cosas! el objeto de tantos sacrificios y homenajes los aceptaba con pasable urbanidad, pre-ocupado con una fresa que estaba caída junto al tajo.

Los niños comprendieron la utilidad de restaurar sus fuerzas, y acudieron con el agasajo de su merienda, consistente en arroz con leche y galletas. El herido no tocó la golosina, sí el agua fresca que le presentaron; necesitaba templar su sed ardiente, abrasadora; el dolor que sentía le sacrificaba. De pronto resonaron en el jardín amorosas endechas; él se irguió bruscamente; había reconocido el canto de su sirena; quiso mover las alas, y la quemadura paralizó su intento, y por fin se adormeció. ¡Quién sabe si aquel sopor será en los palomos la forma suprema del más acerbo, del más horrible desengaño!

Nos acercamos al fatal desenlace de este drama íntimo. Comenzaba á alborear; una deliciosa brisa juguetaba con las ramas de los árboles y con las aguas del estanque. La convalecencia del palomo estaba muy adelantada; sin embargo, todos le habían abandonado (menos nosotros), incluso los hijos, que no sólo se declararon independientes, sino que se emanciparon, marchándose á hacer nido á otra parte sin despedirse siquiera. Como ya no le necesitaban, ¡claro! la del humo. Él de suyo nunca había sido palomariago; pero sintió la necesidad de tomar el fresco y se puso á la ventana, lanzando una mirada melancólica en torno suyo.

Tranquilizadora soledad le rodeaba; ni un gato siquiera, ni tampoco un sér humano divisó, cuando por fatal casualidad oye el batir de unas alas que vuelan próximas y que conducen, ¿á quién direis? pues á la misma, á la Dalila en forma de paloma. ¡Cuánto tiempo hacía que no se habían visto! Léjos de dar ella una huida, inclinó hacia él su vuelo, llegando á tocarle con los guiones en la frente. Nuestro Ulises atravesó otro Rubicon de seis ú ocho tejas con solo un revuelo brioso. ¡Conoció que la amaba todavía! Sin embargo, ocultaba sus sentimientos rompiendo á picotazos una paji-ta. La desleal llegóse á la ventana por donde había sido arrojada la noche de la tempestad, y en su marco se apoyó de pechuga con negligente abandono, con provocante y seductora coquetería, y le recitó con persuasivas notas un madrigal sencillo, conmovedor; en-corvando flexiblemente el cuello,ladeó su gentil cabe-

za, que el amor animaba con brillantes destellos de alegría, posando en la mirada de él la suya, que pudiera, por la fascinación magnética que ejercía, ser comparada á la de la culebra. El cerró los ojos, y no pudo ocultar el escalofrío del entusiasmo; pero quiso resistir todavía, y sin saber cómo se apoyó en un casco de plato (este paso podía perderle, pues amenguaba la distancia entre su cuerpo y la ventana). Prosiguió ella solicitando sus caricias con ardiente empeño, á vista y presencia de los concupiscentes individuos del otro palomar; palomar insufrible, especie de *Venta de Arrebatapapas*. No era menester tantos esfuerzos para encender sus amorosos instintos (amén de que era primavera), y se le escapó un arrullo, imperceptible como el susurro de la brisa. Sin duda estaba decretado que aquella aurora fuese corona de nuevas dichas. Hizo un movimiento gracioso, rápido; se acercó tanto, tanto, á ella como Fausto á Margarita y á Julieta Romeo; sus picos se encontraron: el imán arrastraba al acero, y se separaron para tornar á reunirse.

Marino Faliero absolvía á la *bella traditrice*.

Tiépolo caía rendido en los brazos de la que estaba vendiéndole.

¡No increpeis su flaqueza vosotros, reyes de la Creación! ¿Quién puede averiguar si vosotros no incurristeis en otras más lamentables debilidades so pretexto de que «no sólo de pan vive el hombre?»

El idilio de la gentil pareja, digna del hermoso pincel de Lengo, fué prosáicamente interrumpido por un aljofainazo de agua que arrojaron de una buhardilla inmediata; indudablemente el elemento de su perdición estaba escrito que había de ser el agua.

Se ha dicho, con razón, que la dicha no tiene historia; por eso yo no me detendré á detallaros los delicados pormenores de la suya. Nada faltó á ella, ni siquiera la presencia de nuevos hijos, que esta vez cuidó con amor la madre.

Todo lo poseía nuestro héroe: jamás había estado tan hermoso ni alegre; pero el ala tenía aún resentida.

Antojósele á él una tarde bajar al jardín en busca de ramas tiernas y frescas para el nido, y de paso, al ver el agua del estanque tan cristalina, cayó en la tentación de bañarse (en la luna de miel, ¿quién no se acicala?): poco se detuvo, porque ardía en deseos de volver á su paraíso, al nido de sus amores; pero antes quiso jugar con unas chinitas que brillaban mucho, y ¡cuál sería su disgusto sintiendo, al ir á elevarse, que ya no podía remontar, que el ala enferma flaqueaba, y el cuerpo también, con estar mojado, le pesaba el doble!

Unas golondrinas cruzaron el horizonte, tan altas, tan altas, que parecían estrellas negras; él las vió desaparecer con pesadumbre, y aguardó resignado á enjugarse.

Arrancóle con brusquedad de su quietismo un felino polizonte, *aquel* precisamente, la pesadilla de sus sueños, que le acechaba con siniestras miras.

Determinó refugiarse en un árbol para quedar fuera de su alcance hasta que atravesara el tejadillo alguna

zapaquilda sensible para distraer un apetito con otro apetito.

¡Vana ilusión! El palomo, á quien comenzaba á molestar el fresco de la tarde, reunió su energía toda, se sacudió, y aunque alicortado, dió impulso á su cuerpo, como consumado nadador que, rendido, sabe luchar para mantenerse á flote. El gato, próximo á echársele encima, viéndose burlado, se marchó á caza de aventuras para consolarse. Con las angustias de Icaro en el cuerpo, creía el palomo estar próximo á su alero; fija tenía su ansiosa mirada en la ventana del palomar; mas ¡oh dolor! su resistencia se debilitaba; comprendió que no podría sostenerse, y lanzó una queja de horror; otra mirada rápida, pero de infinita amargura, volvió hacia ellos, de los que, á no dudarlo, se despedía ya. No perdió por esto la serenidad, é instintivamente trató de contener la rapidez del descenso.

Instantáneamente se oyó la caída de un cuerpecillo inerte, el choque seco de algo contra las baldosas de un patio donde estaba lavando una mujer.

La fractura de una pierna arrancó al mísero un prolongado gemido.

Con la prontitud con que cae la raposa sobre las gallinas, se apoderó la mujer lavadora del palomo y se sonrió (pesaba mucho, estaba gordo). En la dura cárcel de unos enclavijados dedos que se hundían en su pecho, intentó revolverse; no fué posible, estaba ya cogido, sentenciado á muerte y en capilla. Experimentó al punto el cautivo todos los horrores de la asfixia, impetró apagadamente misericordia; ni fué escuchado. ¡Si hubiera llegado algún niño!...

El gallardo consorte, la perla de los padres, el espejo y flor de los de su especie, el ídolo de mis hijos, el mártir de su nido, espiró como cualquier murciélago ó lechuza.

Al día siguiente, una espuerta inmunda recibió sus despojos mortales; ni el pico ni las patitas pudieron ser testigos acusadores de su trágico fin; pero el viento, antiguo amigo suyo, como queriendo rendir culto respetuoso á su memoria, cuando yo estaba al balcón me envió desde el carro de la limpieza municipal dos plumas, eslabones preciosos de su brillante collar. ¿Puede darse nada más aciago ni que mejor muestre que la fatalidad jamás perdona, y siempre arranca la vida cuando se toca la felicidad? Distraída con aquel recuerdo del palomo, apenas había notado que tenía ante mí una cara de ángel, y que, desprendiéndose de ella dos lágrimas muy gruesas, se perdieron en un delantalito blanco.

LA CONDESA LOCATELLI.

Madrid 20 Mayo 1883.

EL PORVENIR DE MI CHICO

MONÓLOGO DE UNA MADRE

—¡Dios mío! ¡Por qué habré quedado viuda á la muerte de mi esposo! ¡Esto es horrible! ¡Ahora que mi hijo es bachiller en artes y necesita elegir una carrera! Y bo-

car la inocencia de las garras de una fatalidad que la envuelve con varias formas y poder muchas veces irresistible? Y la obra se realiza con rapidez consoladora de un extremo á otro del mundo civilizado; se oye el grito de ¡*Salvemos á los niños amparándolos!* y esta voz de la razon y de la conciencia humana halla ecos donde quiera.

Este gran paso, inmenso, conduce á otro. Hay que acercarse á la raíz del mal para extirparlo, y después del trabajo más perentorio, que es encauzar la corriente apestada, emprender el de apartar las materias en descomposicion que la corrompen. Subiendo al origen del mal, el problema se presenta en esta forma:

¿*Cómo se evitaría que haya niños moral y materialmente abandonados?*

Ya se comprende que la eficacia de los remedios, por mucha que sea, no ha de lograr que desaparezca el mal en *absoluto*, y que por ahora ó por siempre, ó por mucho tiempo, habrá algunos niños en moral ó material abandono; pero que su número se reduzca, que no se cuenten por miles y por millones, que sean una excepcion rara, consecuencia de faltas graves, y revelen una culpa *individual, no social*.

Se comprende tambien que en el enlace íntimo de los elementos sociales, y mútua y activa influencia de unos respecto de otros, todos concurren más ó menos directamente á los resultados malos ó buenos que se celebran ó se deploran, y el abandono de los niños es efecto de muchas causas. Pero no creemos que haya ninguna tan poderosa como la condicion social de la mujer, entendiendo por *CONDICION SOCIAL el conjunto de circunstancias que resulta de las leyes, las costumbres, las opiniones y la manera de ser industrial, artística y científica de los pueblos modernos*.

Es evidente que la primera necesidad del niño pequeño es la madre, y que á esta mayor necesidad corresponde la más grande abnegacion. Cuando se ve una criatura abandonada, el pensamiento se vuelve inmediatamente hácia la que le dió el sér. ¿Ha muerto? ¿Es culpable? ¿Es desgraciada? La idea del padre viene después. Del mismo modo, al tratar la cuestion de la infancia abandonada el abandono de la madre, de aquella natural y amorosa protectora, no puede admitirse como la accion *espontánea y voluntaria* de una mujer, sino como consecuencia de las circunstancias en que se ve colocada. Y decimos *que se ve colocada* para expresar que no es obra suya esta situacion, en su mayor parte al ménos; que hay muchos casos en que tiene poca culpa y bastantes en que no tiene ninguna.

Debe distinguirse entre la mujer apasionada, débil, viciosa, que sin estar casada tiene hijos, y la que los abandona. La pasion y el ceder al instinto son cosas naturales, y si no se combaten, el vicio es tan inevitable que parece natural tambien; pero entre esta debilidad y la perversion hay una distancia inmensa que la mujer, por regla general, no recorre sola; puede tener grandes defectos y graves culpas sin ser madre desnaturalizada. Esto lo sabe cualquiera que ha observado mujeres livianas, y aún criminales, y visto que en aquellas existencias en que todo parece manchado puede

haber, y hay á veces, una cosa pura: el amor de madre. Existen excepciones de madres sin entrañas, verdaderas monstruosidades, y las de esta especie (no clasificada) de fieras no están todas donde acaso suponga el que, prescindiendo de la observacion de los hechos y dejándose guiar por raciocinios mal fundados, las busque en las últimas capas sociales. La perversion viene por diferentes vías, y no es ménos hediondo que el de la miseria el fango de la riqueza; los polvos de oro que contiene pueden hacerle brillar, pero no le sanan. Las madres monstruos, ya pertenezcan á las clases elevadas, ya á las humildes, constituyen un problema psicológico, á veces patológico, un asunto jurídico, no la *cuestion social* que resulta de miles de criaturas moral ó materialmente abandonadas por la que les dió el sér. De hecho así se reconoce; como cuestion social se trata, y para resolverla no se recurre á los tribunales, ni á la ley penal, ni á la fuerza armada, sino á las fuerzas vivas, intelectuales y morales de la sociedad, que impulsan á determinaciones justas y acciones caritativas. Que es cuestion social la de los niños material ó moralmente abandonados, parece evidente para cualquiera que la estudie, y, como todas las de esta índole, puede en su mayor generalidad enunciarse así:

El problema que todos plantean y que todos han de resolver.

Considerando nosotros el valor que para su resolucion tiene este dato, *la madre*, é insistiendo en que la madre que por su gusto abandona á su hijo es una excepcion muy rara, una especie de monstruosidad, formularemos nuestro punto de partida del modo siguiente:

La madre que abandona á su hijo es violentada, impulsada, ó al ménos auxiliada por la sociedad, autora, coautora ó cómplice de este abandono.

Para más convencernos de esta verdad, estudiemos la cuestion con algun detenimiento, analizando *el abandono moral ó material de la infancia*, que no existiría si la madre estuviese en condiciones morales y materiales de amparar al hijo.

CONCEPCION ARENAL.

(Se continuará.)

ORÍGEN É IMPORTANCIA

DEL HOSPITAL DEL NIÑO JESUS

La Excma. Sra. Duquesa de Santofña, que en varias ocasiones, y principalmente durante la epidemia de cólera morbo que afligió á los habitantes de Madrid en el año de 1865, había dado señaladas pruebas de caridad y abnegacion socorriendo personalmente con toda clase de recursos á los pobres invadidos de aquel cruel azote, hacía ya algun tiempo que abrigaba el noble y humanitario pensamiento de fundar hospitales especiales para la asistencia de los pobres y desvalidos niños; y consultando sobre este asunto con varias personas ilustradas, y recogiendo datos y noticias en sus repe-

tidos viajes para el extranjero, comenzó por promover y constituir en esta corte una asociacion de distinguidas y caritativas señoras bajo la proteccion de la Serma. Infanta Doña Isabel, sometiendo á su aprobacion los Estatutos porque había de regirse esta benéfica Sociedad, cuya presidencia se confió á la señora duquesa, como iniciadora del proyecto que debía realizarse.

Con un celo verdaderamente cristiano y una actividad extraordinaria, esta incansable y bondadosa señora tuvo la satisfaccion de inaugurar solemnemente, el día 1.º de Enero de 1878, un hospital provisional en una espaciosa y modesta casa del barrio de las Peñuelas, donde en pocos días fueron albergados y socorridos con el mayor esmero ciento veinte niños de ambos sexos, casi todos con padecimientos crónicos adquiridos en esos focos de la indigencia y la miseria en que viven las clases desheredadas de todas las grandes poblaciones.

Dos salas de Medicina y otras dos de Cirugía, una salita para las enfermedades de los ojos, la botica, la capilla, el comedor, el despacho de los médicos y la habitacion para las Hermanas de la Caridad, eran todas las dependencias de aquel improvisado y reducido asilo. Pero los pobres niños encontraban allí buena cama, alimentos sanos, mucha limpieza, conveniente ventilacion en verano, grata calefaccion en invierno, esmerada asistencia facultativa y, sobre todo, la bondad y el cariño de las Hermanas de la Caridad y de la ilustre fundadora, que visitaba frecuentemente aquel benéfico establecimiento.

Allí acudían tambien diariamente á la consulta pública más de doscientas mujeres, que llevaban á sus hijos en brazos, á oír la opinion de los facultativos encargados de este servicio, y á recibir despues gratuitamente los medicamentos, los vendajes, los apósitos ó bragueritos necesarios para el alivio ó la curacion de sus enfermedades.

Esta especie de ensayo de hospitalidad infantil dió desde los primeros meses los más satisfactorios resultados; y circulando entre la gente del pueblo la noticia de las curaciones realizadas y de las comodidades que los niños disfrutaban en aquel asilo, pronto llegó á sentirse la lucha entre los niños curados que no querían marcharse, y los que pretendían entrar y no podía admitirse por falta de cama.

Lamentando la duquesa de Santoña aquella estrechez, y luchando en defensa de unos y otros niños, buscó y reconoció terrenos, delineó y examinó planos, reunió y facilitó fondos, excitando la munificencia de los poderosos, y no descansó hasta que, vencidos todos los obstáculos que le salieron al paso, logró ver construido é inaugurado el magnífico edificio que lleva el título de *Hospital del*

Niño Jesus, y que se ostenta al E. de Madrid, en la Ronda de Vallecas, y cuya principal fachada se ve desde el paseo de coches que hay en el Retiro.

En este nuevo Hospital, que todavía no está concluido, y sabe Dios si se concluirá, por haber en tramitacion un *expediente*, que es la rémora en España de todas las empresas y proyectos, hay diez y seis hermosas salas, con todas las condiciones que puede exigir el más escrupuloso higienista, y donde caben holgada y cómodamente cuatrocientos niños, sin contar los que sufran enfermedades contagiosas, ó de los ojos, que tienen salas separadas é independientes. En la actualidad sólo hay seis salas, con veinticinco camas cada una, ocupadas por niños y niñas, casi todos sufriendo enfermedades crónicas en grave estado; pues, exceptuando algunos casos de viruela y de crup, son raros los niños que ingresan con afecciones agudas, lo cual se explica porque éstos son tratados en sus casas por los médicos de la Beneficencia municipal, y además porque las madrileñas, lo mismo que todas las españolas, no abandonan ni se separan de sus hijos enfermos sino en casos de apremiante necesidad, cuando la enfermedad que padecen pasa al estado crónico, ó exige una operacion quirúrgica que no puede practicarse en sus mezquinos é insalubres domicilios.

Pero donde más resalta la importancia y la utilidad de los servicios que presta el Hospital del Niño Jesus es en la consulta pública que se da diariamente en este establecimiento, como puede apreciarse por el número de niños enfermos (31.724) que han sido asistidos y socorridos desde el año de 1878 hasta la fecha. A pesar de estar dividida la consulta en dos secciones, médica y quirúrgica, resulta tan largo y pesado este acto, que hay días en que los facultativos se hallan ocupados desde las ocho hasta las once de la mañana: unos observando y reconociendo enfermitos, otros escribiendo recetas, otros tomando nota en los libros, y el farmacéutico, con la Hermana de la Caridad encargada de la botica, despachando y explicando el modo de usar los remedios. Y es tal la fe y la confianza que inspira á las pobres madres la consulta de este Hospital, que ni aun en los días de fuertes hielos y de grandes lluvias han dejado de llevar á sus hijos, viéndose obligadas algunas de ellas á caminar cuatro y cinco kilómetros, á las siete de la mañana, para ocupar uno de los primeros puestos en el orden de admision á la visita.

Además de los servicios que presta á la humanidad, el Hospital del Niño Jesus contribuye eficazmente al progreso de la ciencia, como una escuela práctica ó clínica de patología infantil, donde los médicos jóvenes y los alumnos de la Facul-

tad de Medicina estudian, con el original á la vista, las más graves enfermedades que suelen padecer los niños.

DR. MARIANO BENAVENTE.

EN LA SEPULTURA DE UN NIÑO

Angel que volaste al cielo
cual un suspiro de amor.
Débil surco que en el suelo
marca perfumada flor.
¿Por qué, al pasar por el mundo
cual placentera ilusion,
dardo acerado y profundo
clavaste en mi corazon ?

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

DICHOS Y HECHOS

Durante la ausencia de nuestro Director ha quedado al frente de la REVISTA el Dr. D. José Call, que desde el presente número entra á compartir nuestras tareas.

Dice un periódico que en el pueblo de Colmenar (Málaga) se acaba de dar un caso que enseña hasta qué punto se deben suprimir ciertos castigos que se imponen á los niños. Hace pocos días encerraron á uno en un paraje lóbrego donde abundaban las ratas, y tal fué el terror que se apoderó de aquella pobre criatura, que desde entónces la encuentran sus desconsolados cuanto imprevisores padres con evidentes signos de idiotismo.

Esto es un ejemplo práctico más que comprueba la verdad de lo expuesto por nuestro apreciable colaborador Dr. Marin Perujo en su artículo el *Miedo en los niños*.

Nuestro Director ha sido nombrado Socio honorario de la *Sociedad protectora de animales y plantas de la Isla de Cuba*. Enviamos á dicha distinguida Corporacion el homenaje de nuestra cariñosa simpatía.

Recomendamos á nuestros lectores el *Colegio de Isabel la Católica*, recientemente fundado por los señores D. Juan García Nieto y D. Eloy Bejarano Sanchez, que han dirigido con extraordinario éxito, durante nueve años, el renombrado colegio de Béjar, que tanto crédito disfruta por todas partes, y donde se han educado multitud de alumnos de esta corte.

Leemos en la importante revista *La Defensa*:

«*El Globo* se opone á que los asilados del Hospicio y San Bernardino concurren á los entierros, y se espera que el Ayuntamiento y la Diputacion accederán á los deseos del diario posibilista.

»No es sólo *El Globo* el que se opone á que los alumnos de estos establecimientos asistan á los entierros, perdiendo un tiempo precioso, que pudieran utilizar en su favor educándose en las escuelas respectivas.

»También LA MADRE Y EL NIÑO, apreciable revista que se publica en esta corte bajo la direccion de nuestro querido amigo Dr. Tolosa Latour, viene sosteniendo hace mucho tiempo la conveniencia de que el consagrado á estas tristes tareas le empleen en su perfeccionamiento moral é industrial, de que la

mayor parte andan tan necesitados quizá por esta causa.

»*La Defensa* se asocia á estas dos publicaciones en sus deseos.»

Damos las gracias á nuestro colega; pero estamos seguros de que ha de pasar algun tiempo ántes de que consigamos esta y otras reformas en los asilos benéficos.

Nuestra distinguida colaboradora la señora condesa de Locatelli, ha recibido muchas y muy valiosas felicitaciones de conocidos literatos por el fragmento de la novela inédita que hemos publicado. Un ilustre escritor médico hace la siguiente apreciacion de dicho capítulo:

«Y leído atentamente, digo, amiga condesa, que el trabajo es magistral en su género. El movimiento psicológico de la abuela, *sin intervencion de la abuela*, sacando de su propio instinto de conservacion aquellas reflexiones que una razon fuerte y serena debiera haber directamente sugerido, es, no de mano, sino de cabeza maestra y muy experta en el análisis de las manifestaciones del espíritu humano. Está en el verdadero *realismo* artístico.

»La definicion del médico vale... el importe de una cuenta de Federico Rubio...»

Deseamos ver en breve anunciada la publicacion del libro *Cria cuervos*, y felicitamos á nuestra simpática amiga.

Leemos en nuestro colega *La Higiene*:

«Quien con buena voluntad hiciera uso de sus conocimientos científicos, expuestos con sencillo lenguaje, para escribir un *Manual de la madre de familia*, prestaría un servicio inmenso á la humanidad.»

¿Nada más que un *Manual*? Ignorábamos que nuestra Revista no pudiera ir de *mano en mano*, ó fuera difícil de manejar.

Y añade: «El sabio ingeniero D. Meliton Martin, llamaría á esto *Maternología*. No discuto la palabra, mitad latina mitad griega; pero acepto la idea con entusiasmo, y creo que, no sólo hay amor maternal, sino además una *ciencia y un arte de ser madre de familia*. Si el *amor maternal* es innato, la *ciencia* y el *arte* de la *maternidad* se adquieren, y por eso debe haber una *educacion positiva de las madres de familia*.»

Bien escrito y mejor pensado; pero permítanos el colega añadir que un libro, por muy bien hecho que esté, no creemos consiga jamás lo que un periódico; y de ser así, él mismo no existiría, y en su lugar sus ilustrados redactores hubieran aumentado con dos ó tres *Manuales* la vastísima bibliografía de higiene nacional y extranjera.

Respecto á la *Maternología*, no sólo se ha aceptado por muchos como frase gráfica (1) que comprende toda una larga série de conocimientos, sino que hasta se ha llegado á proponer su estudio en los programas de una asociacion libre.

Tan conformes nos hallamos con nuestro discreto colega, que seguimos creyendo exacto lo que pensábamos hace algunos años; á saber: que la *ciencia* y el *arte* tienen que hermanarse íntimamente para enseñar á la mujer lo que ignora, educándola para ser madre, fin que se propone principalmente esta humilde Revista, que cada día ha de inspirarse más en este ideal, como puede verse en lo que decimos en otro lugar de este número.

(1) Véase *El Niño*, apuntes científicos.